



PRECIO EN MADRID.

(Lo mismo en la Administración que en las librerías.)
Por tres meses... 6 reales.
Por seis meses... 12
Por un año... 24
La suscripción empieza el 1.º y 15 de cada mes.

Administración y Redacción,
Claudio Coello, 17, bajo.

Pago al pedir la suscripción. La correspondencia al ADMINISTRADOR DE EL COMETE, Don Gregorio García León.

DIRECTOR: ROBERTO ROBERT.



PERIÓDICO SATÍRICO.

Domingo 16 de Febrero de 1878.

PRECIO EN PROVINCIAS.

Por tres meses en la Adm. 8 reales.
Por seis meses... 16
Por un año... 30
EXTRANJERO.—Por tres meses... 16
ULTRAMAR.—Un año... 4 pesos.

Se publica todos los domingos.
Número suelto,
DOS cuartos en toda España.

Toda suscripción de provincias hecha por comisionado costará dos reales más.

DEBUCANTE: J. LUIS PELLICER.

PESE Á QUIEN PESE.



¿Y habría quien se atreviese á escribir la crónica de estos días?

Si existe un mortal hasta ese punto privilegiado, yo le admito y le remito mis cordiales saluciones.

El rey D. Amadeo ha seguido el consejo que en uno de sus discursos del Congreso le daba Fernando Garrido; consejo que á los consejeros les parecia un despropósito.

Ahora, todos nós alegramos de que lo haya seguido, y naturalmente... hemos vuelto á la república.

Hemos vuelto, porque desde la hegira de los Borbones hasta el despropósito de buscar rey para un pueblo, republicana era la situación de España.

Anunció, pues, D. Amadeo su resolución una, dos y tres veces irrevocable; escribieron desde París que cuidado con admitirle la renuncia; escribieron de Italia que de ningún modo se le consintiese al rey hacer su voluntad, y dijo el rey: «diplomáticos á mí y á tales horas? Yo quiero cazar sin corona, y dormir sin corona, y nadar sin corona, y cabalgar sin corona,» y con un garbo que jamás le agradeceremos bastante, arrámblo con todos los chirimbolos del oficio, los dejó tales como se les habían entregado y...

Perdóneme la ausencia de Ruiz Zorrilla, á quien nunca he querido mal; pero ¡qué mal rato se dió y nos dió en el Congreso!

¡Era tan fácil callar! Habría tenido un carácter tan respetable el silencio de aquel ministro fiel, que no por su voluntad, sino por otra voluntad incontestable se encontraba en una situación nunca imaginada...

Pero quiso hablar, y quien habló pagó, dice el refrán.

Habló... y á cada palabra veía que le iba faltando un amigo, y se quedó solo; solo como el Palacio que fué real; solo como todo último ministro que se empeña en que su dinastismo sobreviva á la confianza de su respectiva dinastía.

Las Cámaras se reúnen, se funden en una sola; se preguntan ¿qué es lo que hay en España? y se respondieron: república.

La nación, que hacia gala de no asombrarse de nada, se asombró de que una nación sin rey fuese una república, cosa lo más sencilla y sabida del mundo.

Pero pasado aquel primer momento de natural estupor, se convenció de que cuando se queda uno á oscuras, es porque le ha faltado la luz y de que cuando uno habla, es porque ha dejado, de callar, y por consiguiente, de que cuando un pueblo se gobierna á

si mismo, es porque ha dejado de ser gobernado por mano agena.

Aquí vinieron en seguida los funestos augurios: todos se adhirieron á la república, dando grandes voces, so pretexto de que lo hacían por conservar el órden social, que nadie amenazaba ni ha amenazado.

Aparecieron iluminadas muchas casas cuyos dueños tenían el corazón á oscuras, desde que se persuadieron de que entre tantas dinastías como andan bebiendo los vientos por un trono, España, la monárquica España, no tenia confianza en ninguna de ellas.

Y vinieron ciertos periódicos repitiendo á cada cuatro líneas con inagotable admiración que no se alteraba el órden, como si se hubiera muerto á alguien que hasta ahora hubiese tenido el oficio de conservarlo.

Luego vino aquello de: ¿qué dirán las naciones extranjeras?

Y las naciones extranjeras dijeron:

Prusia.—Me parece muy bien lo que ustedes han hecho (ya que no quisieron mi candidato.)

Francia.—¡Hombre! Celebro ese cambio. Yo tambien casi soy republicana...

Inglaterra.—Felicito á V. (Una dinastía de latinos menos.)

El Papa sotto voce.—(Me alegro. Era un excomulgado.)

Portugal.—¡Oh! Júbilo, acérquenla ustedes hácia acá.

Los Estados-Unidos.—Vengan esos cinco, y ahora, juicio con los cubanos.

Se forman juntas revolucionarias, pero se ponen á las órdenes de la república.

Se arman espontáneamente ciudadanos, pero para defender la república.

Los conservadores gritan: ¡vamos, republicanos, ya estareis contentos!

—¡No!

—¿Cómo no? ¿Pues no queriais la república? ¡Ya la teneis!

—Queremos república federal.

—Eso es cuestion de nombre, que no vale nada.

—Pues si nó vale nada, venga ese nombre.

Pero repito que es imposible para mí escribir lo que pudiera llamarse crónica de los últimos sucesos.

Hagamos punto confesando que otro día será. Entretanto confiemos plenamente en que no serán los republicanos los que pongan obstáculos á la re-

pública; ni los federales los que sirvan á una república que no sea la federal.

Roberto Robert.

LOS ENEMIGOS.

Porque el órden social tiene sus enemigos, y enemigos declarados.

Hoy deben salir á la calle, voy á buscarlos porque tengo deseos de conocerlos y de ver cómo son, qué cara tienen, qué lenguaje usan.

Allí veo un hombre armado paseando delante de un portal. Lleva blusa, gorra, trabuco... ¡Si será...!

—Diga V., buen hombre, ¿qué hace V. aquí?

—¿Qué hago? ¡Centinela! ¡No lo ve V.?

—Bueno; pero ¿centinela para qué?

—¿Para qué? Para guardar el órden...

—¡Ya! ¿El órden social? ¿No es eso?

—Eso será, yo no entiendo más que por el órden.

Pues señor, si este hombre pasa frio y malos ratos para conservar el órden, claro está que no es enemigo suyo...

Aquí viene otro, pero este es de otra cuerda, es el reverso de aquel.

—¡Hola! ¿Dónde va V. tan temprano?

—A ver al Gobierno.

—¡Hombre! ¿V. tan moderado, y tan...?

—Y qué tiene eso que ver? Yo voy á ofrecerme para mantener el órden...

—¿Usted dispense! ¿A mantener el órden social?

—Sí, hombre, sí. ¿Qué hay en ello de particular?

—No, de particular nada; pero...

¿Qué apostamos á que no encuentro lo que busco?

—Diga V. señor comerciante, ¿es V. enemigo del órden social?

—Hombre, ¿quiere V. callar? ¡Al contrario!

—Y V. lo es?

—Yo? ¡Si soy agente de órden público!

—¿Y usted?

—¡Jamás! ¡Si soy jornalero!

—¿Y usted?

—¡Caballero! ¿Usted por quien me toma?

Pero señores, ¿será posible que habiendo tanto enemigo del órden social no pueda yo encontrar uno para un remedio? ¡Por qué lo necesito de veras! Tengo un encargo y quiero cumplirle.

¡Calla! ¿Qué veo? Este periódico empieza un artículo diciendo: «Los enemigos constantes del órden social...» Corro á la redacción.

—Es V. el director de...?

—Servidor, ¿qué tenía V. que mandarme?

—Hombre, he visto que el periódico de V. alude á los enemigos del órden social, y venía á suplicar á usted me dijera por dónde anda esa clase de gente.

—Lo mejor para averiguarlo es que consulte usted á personas de todos los partidos.

—¿Sí? ¡Voy á hacerlo ahora mismo!

¿Me dan ustedes razón de los enemigos del órden social?

Un absolutista.—Todos los parlamentarios lo son. Un parlamentario.—Lo son los progresistas.

Un progresista.—Los demócratas: esos, esos sí que lo son...  
 Un demócrata.—No haga V. caso, los enemigos del orden social son los exaltados.  
 Un exaltado.—¡Créame V. á mí! Los absolutistas...  
 ¿Volvemos á empezar? Por vida de...

EL ÓRDEN SOCIAL.—Caballero, no se cansé V.; ninguno de esos ha acertado. Mis enemigos están de viaje; de modo que si V. quiere conocerlos, espérese, pero ¡espere V. sentado!

André Corzuelo.

¡EH! ¡EH! ¡EH!

Pero señora monarquía, ¿á dónde va V. á parar? ¿Por qué corre V. tanto? ¿Es eso lo que tenemos pactado?

Francamente, señora; eso no está bien. Usted me había ofrecido ciertas y determinadas cosas para el día en que se marchara, y esas cosas no han venido, á pesar de que V. corre que se las pela en busca de no sé qué, y huyendo de yo sé dónde.

¡Nada, nada, devuélvame V. mi dinero!  
 Usted me había ofrecido que el día en que dejara de protegerlos se desquiciaría la sociedad, se incendiarían espontáneamente los ríos, nacerían guillotinas de entre las piedras, caerían por acá aerocelitos... y, señora, aquí lo único caído es V. Los ríos se hielan, las guillotinas se esconden, la sociedad se afirma.

Señora, protesto contra V., contra las ofertas de usted, contra los pronósticos de V. y contra los atributos de V.

Con que... prontito, ¡venga mi dinero!  
 ¿Sabe V., doña monarquía, que la Bolsa ha subido en cuanto V. se ha marchado? ¿Por qué nos ofreció usted lo contrario? Pues que, ¿así se engaña á la gente?

¿Sabe V., señora, que el ejército, las autoridades, los conservadores y los monárquicos, en fin, han recibido con tranquilidad la venida de la república? ¿Por vida de!...

¡Ah! Y otra cosa que se me olvidaba, ¡caramba! ¿Sabe V., señora, que entre la gente que ha votado por la proclamación de la república hay duques y marqueses? Pues los hay, y V. me decía: «Ya verás tú como el día en que yo me vaya, la gente de posición tendrá que emigrar.»

Nada, nada, yo me considero engañado y estafado por V. ¡Y yo que daba mi dinero en la creencia de que sin V. no podría yo vivir!

Cuando supe que V. se iba, salí á la calle á admirar las consecuencias, á esperar á pié firme el terremoto. Anduve toda una mañana preguntando á todos cuantos encontraba al paso: «¿Cuántas casas van ya quemadas? ¿Qué comercios han sido saqueados? ¿Dónde venden cabezas de desecho?» Y todos me miraban con estupor y se me reían en mis barbas. De modo, señora, que por culpa de V. he hecho el paso, he sido la irrisión de las personas sensatas, y el escarnio de los liberales chanceros.

De modo que no podrá V. negar que pido con justicia mi indemnización.

Señora, V. me dijo que los republicanos eran cuatro perdidos, enemigos de la paz y de la prosperidad de la nación, refractarios á la familia, á la patria, á la virtud y á otras muchas cosas, y todo ha salido falso: los republicanos son muchos y además son amigos de todas esas cosas.

En fin, que V. me ha engañado de medio á medio. Ha hecho V. bien en largarse con viento fresco, y sin despedirse, y sin cumplírnos lo ofrecido; porque á haber sabido que había de faltarnos todas aquellas escenas dramáticas, no hubiera V. escapado así tan pacíficamente.

Pero ya correremos la voz por ahí, para que la conozcan bien á V., embaucadora, chismosa, alborotadora de vecindades, trastornadora de pueblos, vieja estúpida, engaña-muchachos, saca-dinero...

Me siento un poco más aliviado.

Manuel Matoses.

¡FELIZ VIAJE!

Permite joh caro Amadeo, más querido y menos caro, desdeque soltaste tu empleo, que sin bajeza ó reparo me quite al postre el chapeo.

Y con ademan cortés y acento republicano, como dos y una son tres,

á ti te bese la mano y á tu señora los pies.

Que nunca fué bien nacido ni caballero cumplido aquí, lo mismo que en Tracia, el que insulta la desgracia del adversario vencido.

Y á fuer de español honrado, hijo de esta hidalga tierra donde vinistes llamado, no pienso hacerte la guerra cuando tu sol se ha eclipsado.

Viniste como te vas entre nieves y entre encarchas; y así, visto por detrás, desde que sé que te marchas me gustas tres veces más.

Y respeto en tu señora, que honró el trono de Castilla con la virtud que atesora, su vida digna y sencilla, su modestia encantadora.

Tu has hecho cuanto has podido para arreglar el bien; más de nada te ha servido dar á este ó á aquel partido el mango de la sartén.

Ni el cimbrío, ni el radical, te sirvieron de puntal como pago á tu favor: Topete lo hizo... muy mal, pero Sagasta... peor.

Y por ley de tu destino que en la fortuna no brilla, para fin de tu camino encontraste en Ruiz Zorrilla un amigo... ¡filipino!

El cual, queriendo salvarte, sin sangre ni desafueros, te obligó á abdicar con arte, y después de destronarte te se quedó haciendo pucheros.

Pero no sientas enojos por dejar el precipicio en que pusiste los ojos; repara bien que ese oficio está sembrado de abrojos.

No quieras poner la ley, deja del trono los surcos, métese en la humana grey, y no vuelvas á ser rey... aunque te llamen los turcos.

Y pues te sobran los bienes manduca de lo que tienes, ¡ay, quien lo pudiera hacer! y entregate á tu mujer, y á cuidar mucho á los nenes.

P. Ximénez Gros.

### EL ONCE DE FEBRERO.

En la carrera de San Gerónimo.

—¡Vengo horrorizado!  
 —¿De qué?  
 —¡No sabe V. la noticia, hombre? Voy corriendo á mi casa... ¡Se ha proclamado la república!!!  
 —¿Y qué?  
 —Pero, ¿No se asusta V.? ¡He dicho que se ha proclamado la república!  
 —Ya lo sabía.  
 —¿Y está V. tan tranquilo?  
 —¡Ya lo creo!... Y me alegro. Nunca he sido político, pero así no mantendremos zánganos con sueldos que nos arruinan, y nos libraremos de camarillas y...  
 —¡No vuelva V. á saludarme!... Voy á hacer provisiones de carne y de pan para un mes... ¡Adios! (A este hombre nada le hace efecto.) Pero, antes de despedirme; ¡ya sabrá V. lo de Moriones!  
 —¿Qué hace Moriones? ¿No tiene bastante con sus carlistas?  
 —¡Vamos! Usted es un demagogo consumado. ¡No tener noticia de lo de Moriones!  
 —Pero, ¿qué le pasa?  
 —Que viene con veinticuatro batallones sobre Madrid, para contener el desbordamiento que va á ver esta noche...  
 —¿Y qué desbordamiento va á ser ese?  
 —¡Toma! El de los rojos, el de los descamisados, el de los petrolistas... ¡qué horrores, qué saqueos, qué incendios, qué destrucción vamos á ver!

—¡Me causa V. miedo!  
 —Ya lo verá V.; por fortuna Moriones está en Avila, y llegará á esta capital á tiempo todavía de reprimir...  
 —¡Usted sueña! No he oído á nadie semejante cosa!...  
 —¡Sil... Y Saballs viene por el camino de Guadalupe, y el cura Santa Cruz también, y... en fin; aquí va á haber grandes catástrofes...  
 —Lo sentaría.  
 —¡Pues ándese V. en bromas! Y no sabe V. nada de lo de las cabezas?  
 —¿De qué cabezas, hombre? ¡Usted se ha vuelto loco!...  
 —Se halla V. adelantado de noticias. Pues va usted á saberlo. ¡Las turbas han pedido treinta cabezas de diputados al Congreso!  
 —¿Para qué? ¿Para escabecharlas?  
 —Estoy viendo que es V. un incrédulo... Pero, voy corriendo á casa; parece que se ha oído un cañonazo...  
 —¡No sea V. tan asustadizo! ¡Si es que han cerrado aquella puerta!  
 —¡Ah! Creía... Los picaros demagogos...  
 —Pero, ¿se meten con V. los picaros demagogos...?  
 —Se meterán.  
 —Pues entretanto no tiene V. derecho para chillar ni para calumniarlos así.  
 —¿Está visto! Usted es incorregible.  
 —Por supuesto, sabrá V. que la Bolsa ha caído por los suelos, y que Gerona y Pamplona y Huesca, han sido tomadas por los carlistas, y que el príncipe Alfonso se halla ya en Avila, y Carlos VII en Zaragoza, y cinco capitanes generales se niegan á reconocer la república... ¡Si la cosa está echando bombas...!  
 —¡Si estamos ardiendo! ¡Corro á mi casa!  
 —¿Qué va á ser de nosotros!  
 —Sí, váyase V. y déjeme en paz. (De qué país viene ese que le han llenado la cabeza de semejantes filzas?)

Al día siguiente nada de todo esto resultó cierto. El noticiero debió tener un día dichoso al ver que ninguno de sus pronósticos se realizaba.

Pero, ¿ustedes creen que se alegró?  
 —¡Cá! ¡No, señores! ¡Nada de eso!  
 —¡Qué gentes! ¡Empeñadas en que el pueblo ha de ser malo!  
 Pero el pueblo ¿ni por esas! ¡Empeñado en ser bueno!  
 ¡Pícaro pueblo!  
 ¡Si es cosa de desesperarse!

Ernesto García Ladevoso



Dice un periódico que se han levantado cien hombres cerca de Villarroya, y que se cree que sean socialistas.

Yo digo que todos los socialistas se acuestan y se levantan todos los días como las demás personas, sin que hablen de ello los periódicos.

Digo más: si se trata de fingir que esos cien hombres son socialistas sublevados, señores: ¿á quién vamos á engañar?

Los socialistas no lo creen, los que lo han inventado tampoco...

Bah. Podrá servir para efímera esperanza de Alfonso.

La alarma reina en los ánimos. Los vendedores de petróleo, preguntan impacientes cuándo empieza el incendio.

Las viejas desesperadas preguntan cuándo empieza la violación.

Los grandes dueños preguntan cuándo viene la bancarrota nacional.

Toda la gente de orden, toda, vive intranquila, y el saqueo, el incendio, el estupro, faltando á sus más sagrados deberes, duermen vergonzosamente en medio de la alarma universal.

«¡El día que se proclamara la república, sería el de la pérdida de Cuba para España!»

¡Pero cómo me regocija á mí el acordarme de las consejas de aquel tiempo!

Se recibió en Portugal la noticia de la proclamación de la república española.

# ACTUALIDADES.



Primera etapa.—Ahora ¡a la federal!

Bajan en la Bolsa de Lisboa todos los valores..... menos los españoles!  
 No he visto un voto de censura a la monarquía dado con tanta urbanidad y sandunga.

La *Epoca* avisa a los nacidos que la situación de Cataluña, aunque parece tranquila, es muy grave, a causa de los internacionalistas.  
 Sin embargo, cuando estábamos bajo el paternal amparo de la monarquía, el colega anunció aquello del barco fletado en Barcelona por las personas pudientes.

Hoy, apesar de tener república, las personas pudientes no piensan emigrar...  
 Efectivamente: la situación de Cataluña es grave para *La Epoca*.

Un diario portugués dice que si la república se consolida entre nosotros, pasará fatalmente la frontera, y que los lusitanos la abrazarán con júbilo.  
 Consolidemos, pues, consolidemos.  
 Portugal, España, Francia, pueden producir la más contagiosa epizootia entre las testas coronadas.

Apenas proclamada la república, ya empiezan los atentados contra lo más inofensivo.

Ciento ocho conejos han caído en poder de un empleado demagogo, que los ha entregado a la voracidad de los demagogos acogidos en los establecimientos de beneficencia.

¡Ah! Para vivir en este siglo sin creencias, más vale ser tigre que conejo.

—Oiga V. Yo siempre he sido republicano, aunque no hacia alarde de ello, por no singularizarme.  
 —Pues mire V., ahora es cuando menos falta ha-

cen esos alardes. Siga V. siendo republicano tábico, que para lo otro, nos bastamos los antiguos demagogos.

Muchos colegas se han empeñado en propalar la noticia de que Roberto Robert se iba a encargar de la dirección general de Comunicaciones.

Nuestro amigo y director, cuyo estado de salud es muy delicado, sabe bien que serviría mal a la república y no ganaría en buen concepto, si echara sobre sus hombros el peso de un ramo tan desconcertado y que tanta actividad requiere.

Por esto, ni un solo momento ha pensado en hacerse a sí mismo y en hacer al país ese perjuicio.

Dicen que Carlos Terso ha entrado en España. No me atrevo a creerlo. La esperanza de cogerlo y enseñarlo vivo a real la entrada, es demasiado lisonjera para que sea cierta.

«Si viniera la república, vosotros: Castelar, Figueras, Pi, vosotros seriais las primeras victimas inmoladas al furor de la demagogia.»

Este eco de lo pasado me infunde una grata melancolía.

Parece que dos ó tres calamares gordos andan estos dias persuadiéndose a sí mismos de que su vida está en peligro, y escondiéndose hoy aquí, mañana allí:

«Cambiano nombres y mudando trajes, creyéndose terribles personajes.»

No les neguemos ese último consuelo: seamos magnánimos.

Dejémosles imaginar que los perseguimos.

Una señorita, jóven, rica y muy bella, solicita, por medio de los periódicos, un jóven para contraer con él matrimonio.

Tambien la libertad anduvo solicitando una corona para los efectos del maridaje y se divorciaron a los dos años.

Sed cautos, ¡oh, jóvenes!

Los teatros han estado cerrados durante unos dias por causa del miedo.

El público, que era quien podía haberlo tenido, acudia en vano a sus puertas, pidiendo funcion.

Los conservadores han encargado mucha vigilancia contra los desmanes de la plebe. Al mismo tiempo, la plebe armada velaba por evitar los desmanes de los conservadores.

Los curas han rezado para conjurar los arrebatos de la impiedad.

Los impíos han pedido medidas para poner término a las continuas sublevaciones clericales.

Y ¿al fin, qué?

Que en cualquiera romería de Santo hay palos, navajazos y sangre, y en la proclamacion de la república no ha habido nada de eso.

Ni siquiera sangrias para sustos.

D. Cristóbal Colon, duque de Veragua, ha votado la república.

La ingrata monarquía cargó de ignominiosas cadenas al que dió eterno esplendor a su apellido.

La república le levantará las estátuas que la monarquía le debe desde hace siglos.

Bien ha votado el duque de Veragua.

Los sud-americanos residentes en París han felicitado a Emilio Castelar por la proclamacion de la república.

Los norte-americanos responden al eco de esta proclamacion con entusiasmo.

Prusia reconoce y comprende la sensatez del acto. Portugal se siente poseido de júbilo y de esperanzas.

¡Ah bárbaros! Los que hace cuatro años podian haber conseguido... tente lengua.

Escarmentad todos y adelante.

Adelante, quiere decir a la federacion.

Suplicamos al Gobierno que en la futura *Guía de forasteros* se sirva no incluir la lámina que representa a España algo enflaquecida.

En lo sucesivo debe estar representada España por una matrona robusta, capaz de nutrir bien a sus hijos, ansiosos de justicia y libertad.

El *cursismo* es superior a todo.

En estos dias de cambio fundamental para España,

todavía hay señoritos y señoritas que anuncian al mundo su reciente matrimonio.

¡Oh, cursis! Creed y... no multipliquéis la plaga de vuestra especie.

En el Congreso hay un diputado que se llama Corona.

Propongo que en adelante se le llame Sr. Gorro Frigio.

¿Se aprueba?

Pues al registro civil.

Los reaccionarios de Francia ya tienen un pretexto menos para oponerse a la república.

Ya hay república en España Borbones, Orleanses, Bonapartes... ¿qué son ya sino... cachivaches de antaño?

¿Cuando pienso que en 1869 Sagasta nos amenazaba con prision y presidio si gritábamos ¡viva la república!...

Y hoy hasta los conservadores...

Decididamente: yo he de escribir la historia cómica de España.

«En España no puede haber república, porque no hay republicanos.»

Así nos decian en 1869. ¡Hace cuatro años!

Y ahora resulta que no puede haber monarquía porque no hay monárquicos.

Lo tendré presente.

En esto ha sucedido como sucede en otras cosas. Todos los que salen al campo a merendar cerca de alguna famosa fuente, es que van a beber vino.

Todos los que anuncian pomadas para hacer crecer el pelo, son calvos.

Todos los que ponen tienda de vinos, hacen negocio con el agua.

Todos los músicos que fatigan a los demás haciendo bailar, están tranquilamente sentados.

La Tertulia progresista democrática se llama desde hace algunos dias *Círculo radical republicano*.

Un esfuerzo más!

Llamémosnos todos republicanos, demos a la república toda aquella descentralización que era incompatible con la monarquía, y estamos salvados.

Atraigamos las bendiciones de las provincias, devolvámosles la vida que les es suya propia, abandonando los sistemas artificiosos. ¡Ya no hay árabes que nos obliguen a sostener esa unidad que nos ahoga desde los reyes católicos!

Todos los pueblos republicanos que hacen manifestaciones, las hacen en sentido exclusivamente favorable a la república federal. No hay uno solo que sueñe en la invencion del unitarismo, que imposibilitaría la pacificación de Cuba, y los estrechos cordiales lazos que debemos contraer con los portugueses.

Ojo, pues, y no vengamos a inventar en pocos meses un partido que no ha existido ni puede existir en España.

La federacion fecundará a España: el unitarismo seguirá demacrándonos.

—Diga V., señá Manuela, ¿pero eso es república?

—¿Qué ha de ser! ¡Ni matan ni nada!

—Ni nos reparten bienes.

—Ni sabe una de qué chillar.

—¿Sabe V. qué digo? Que toos son unos farsantes: a mí me enseñaron mis padres desde peñenita lo que es religion y lo que es república, y en cuanto a esta, se le parece como por los cerros de Ubeda.

—Y nos han de estar engañando toda la vida!

—Pero, espérese V. Que la que guillotina y saquea es la federal, la que habia en Francia en tiempo de los moros, y esa es la que quieren traer.

—Pues Dios nos dé paciencia hasta entonces; porque lo de ahora maldito si tiene ná que ver.

—¿Pobres viejas! Son loros amaestrados por los más sábios sacerdotes.

La Bolsa está loca.

¿Pues no ha ido subiendo desde la proclamacion de la república?

Vaya un modo de hacernos echar de menos las antiguas salvadoras instituciones!

Diga V., ¿qué hay de separacion de la Iglesia y el Estado?

—Hombre, ¿de qué iglesia habla V.? Hay tantas...

—De la única que cobra.

—¡Ah! Esa se ha divorciado ya hace tiempo. No hay más que darle autorizacion para que celebre nuevas nupcias con quien guste.

—¿Ha visto V. llorar?

—¿A quién?

—Al público.

—¿Por qué?

—Por la muerte de la monarquía.

—No.

—Pero habrá quien la llore.

—¡Sí! El domingo de carnaval.

¡Pobre Montpensier!

¡Condenado a ver a un príncipe que abandona gallardamente lo que él no pudo conseguir con todos sus febriles esfuerzos!

Hay cosas que enrojecen la cara.

Segun de quien.

¡Oh que gozo! Cuando yo sea viejo y les diga a mis nietecitos: «mirad, niños, en mis tiempos aun habia verdugos y reyes...»

Con qué atencion me van a escuchar los angelitos, y cómo van a imaginar que son cosas fabulosas lo de los treinta millones y docenas de coches y trono hereditario... Van a gozar tanto, y tanto me van a hacer gozar a mí, que quisiera envejecer a toda prisa.

Mire V. que van tres reyes...

Fernando VII nos deja en guerra y felicita al que nos apalea.

Isabel II apenas oye el primer grito, se escapa.

Y D. Amadeo, antes de oírle, se va magestuosamente.

Y si traemos otro, es capaz de escapársenos por la chimenea.

—¿Si traemos otro? No queda ya en el mundo quien se deje traer para eso.

Deben suprimirse los títulos de nobleza.

—¿Por qué?

—Porque son ridiculos.

—Pues déjeles V. Nadie quiere estar en ridiculo: se caerán por ellos solos.

—¿Ay marquesa! ¡A qué tiempos hemos llegado! Todo el mundo abandona la antigua institucion.

—Sí, amiga mia, esos hombres son indignos.

—Hasta tu cuñado desde hace ocho dias la echa de republicano.

—Ese no es por ingratitud. Es que vive de eso.

¡Oyó V. cómo al presentarse el gobierno provisional resonó en la Cámara el grito de viva la república?

—Sí; se lo oí a muchos de los que hace dos años habian gritado viva la monarquía, al entrar en la Cámara el rey provisional.

¿Dice V. que son malas esas camisetas de lana? Pues sirven tanto como dos reyes.

—¿Por qué?

—Porque la última me ha durado cuatro años.

SOLUCION AL GEROGLÍFICO DEL NUMERO ANTERIOR.

*Encanta el acento suave con que pide el blanco palos para los negros esclavos.*

OBRAS DE ROBERTO ROBERT.

**La espumadera de los siglos.**—Un tomo de 350 páginas, 16 rs.

**La corte de Macarronini I,** entremés monárquico.—2 reales.

**La crítica de Macarronini I.**—2 rs.

**Los cachivaches de antaño.**—Un tomo de 350 páginas, 16 rs.

**El gran tiberio del siglo, entre luces y pedradas,** folleto.—2 rs.

**Los tiempos de Marl-Castañá.**—Un tomo de 350 páginas, 16 rs.

Se venden en las principales librerías y en casa del editor D. J. E. Morote, calle del Aguardiente, núm. 6.

MADRID.—1873.

(Imprenta de G. Garcia Leon (barrio de Salamanca).)